

Bagatela cuántica

Salvador Martínez Rebollar*

Conocí el concepto de *suicidio cuántico* hace algunos años en una de esas pláticas semivacías. El experimento consiste en tener un revólver apuntando a la cabeza con la mitad de la carga en el tambor, se gira y se dispara como en una ruleta rusa, existiendo el cincuenta por ciento de probabilidad de que solo se escuche un clic y todo quede en un susto y otro cincuenta que una bala perfora el cráneo del sujeto de pruebas y culmine ahí el experimento. Pero si la primera situación se presenta, se puede repetir el experimento con las mismas condiciones, hasta que el porcentaje no deseado se presente, y según la teoría, desde la primera vez que se pone a prueba el experimento, el universo se parte para dar cabida a las dos probabilidades, y en todos los escenarios el sujeto de pruebas acaba muriendo salvo en uno, en ese universo, el hombre con el revólver en la cabeza nunca escucha el tronido repentino: alcanzando la denominada *inmortalidad cuántica*.

— ¿Lo intentarías?— me preguntaron.

Me quedé pensando un buen rato, sonreí y pasé a otro tema sin contestar, pero sin olvidar aquella idea. Llegué a mi habitación, tomé un trozo de papel en blanco y escribí en el centro y con caligrafía inusualmente cursiva y perfecta:

“Me Mataste”

Contemplaba aquella hoja, pensando bien lo que estaba a punto de hacer: darle ese papel con esa única frase a la persona que me destruyó en cuerpo, mente y alma, sin apiadarse de mí, esperando que siguiera viviendo con todo ese peso como si nada hubiese pasado. La llamé por teléfono. Acordamos la cita. Fui con ella y le entregué el escrito.

“Ella se lo va a tomar a mal”, pensé, mientras una ligera sonrisa se me escapaba sin que ella lo viera.

—Pensé que no volveríamos a discutir sobre esto.

— ¿Sobre qué?— sé perfectamente a que se refiere.

—A lo que nos pasó.

* **Estudiante de Licenciatura en Letras Hispánicas en el Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades del Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.**

- ¿De qué hablas? Eso es sólo un texto. Me miraba como un estirado que ve a un animal bruto o a un idiota.
- Yo solo escribí eso, un personaje es quien dice lo escrito. Sus ojos reflejaban lo mucho que se impacientaba.
- ¿Entonces juras que esto no va dirigido a mí?— un “Si te queda el saco” pasó por mi mente.
- Va dirigido a quien el personaje piense, o a quien lo lea.
- No eres bueno ni con las indirectas— auch.
- ¿Te estás culpando de haber matado al personaje?
- No, estoy decepcionada de ti por ser tan idiota al escribirme esto.
- Pero ya te lo dije, yo no estoy diciendo nada, es el personaje el que lo hace. Incluso, si tuviese mi propio nombre y tuviera mi historia exacta, no dejaría de ser otra persona. Pero si insistes en ser tú quien lo mató...
- ¡Cállate ya! No puedo creer que sigas afligido.
- Y yo no puedo creer que me quieras matar a mí y al personaje ¡Me sorprende tu ambición!

Ella se paró de golpe, rompió en mil trozos el papel y se aleja sin siquiera mirarme. Nunca más supe de ella.

**En el mundo “real”,
supuestamente
sigo vivo, pero al
declarar, no solo
que estaba muerto,
sino que fue un
homicidio, me
considero muerto
para todo aquel
que lea ese “Me
mataste” fuera de
contexto.**

Así me las arreglé para morir por lo menos cinco veces. Morí, aparentemente y bajo sus condiciones, en el mundo de ficción, en la literatura, porque, y debo insistir que ese personaje no era yo en lo más mínimo, ella seguía con la idea de que me estaba proyectando en algo que escribí. En el mundo “real”, supuestamente sigo vivo, pero al declarar, no solo que estaba muerto, sino que fue un homicidio, me considero muerto para todo aquel que lea ese “Me mataste” fuera de contexto.

Morí también en el mundo de ella, cuando terminó de leer, sin haber dejado un cadáver en el procedimiento. Dejé de existir en sus relaciones, en sus pensamientos, en su vida, en su mundo; suprimirme de todo lo que le concierne sin morir físicamente, en adelante, será para ella como si ya no estuviera.

Morí otra vez al recordar, pensar y escribir esta historia. Como si cada palabra perteneciere al epitafio que yo mismo tallé con cincel en mi lápida.

Morí en el momento que leíste el texto. Ambos confabulamos, sin hablar directamente de ello, para reafirmar mi condición de difunto en sus muchas variantes. Creo que, de todos los que me mataron, tú eres el que más me hace sufrir. Al leer no solo hiciste posibles todas las

muertes anteriores, si no que las reviviste, duplicando la cantidad de veces que morí.

Esa fue mi versión del experimento del *suicidio cuántico*, en el que muero y vuelvo a morir cada vez que se lee este escrito, pero en lo que nos atrevemos a llamar “realidad”, sigo vivo. Y mientras siga vivo, iré muriendo en otros mundos, en un ciclo constante, en realidades distintas, en las realidades de los lectores. Será hasta que la condición de “vivir” cambie para mí, que este ciclo se detenga y este texto pierda todo sentido y quien lo lea, lea a un muerto con acta de defunción.

Pero no me hagas mucho caso. A fin de cuentas, esto solo es una bagatela.